

SOFÍA Y EL CENTAURO DE LOS MIÉRCOLES

Sofia and the wednesday centaur

Sofia e o centauro das quartas-feiras

Raúl Vallejo

banano59@gmail.com

Recibido: 27 - 05 - 2024
Aprobado: 28 - 05 - 2024
Publicado: 28 - 06 - 2024

Cómo citar: Vallejo, R. (2024). Sofía y el centauro de los miércoles. *Pucara*, 1(35), 80-89.
<https://doi.org/10.18537/puc.35.01.09>

*tu sexo de cráter de volcán
de fondo sin fondo del vértigo
sexoacceso
sexobseso
sexoexceso
grieta de la eternidad o cicatriz del rayo
tu sexo fascinante y voraz como las anémonas marinas
tu sexo que huele a madriguera de leopardo.*

EFRAÍN JARA IDROVO, “AÑORANZA Y ACTO DE AMOR”.

Yo no entendía si lo que estaba viviendo en Cartagena de Indias era el comienzo de aquello que los sonos caribeños cantan como el amor de rumba y amanecida o si, por el contrario, con este viaje había apresurado el mustio final del bolero de mi existencia. Creo que lo comprendí el momento en que, como si fuera la visión inesperada de un espectro contrahecho, apareció el Centauro tan temido en la puerta de la suite que Sofía y yo habíamos alquilado para celebrar con miel nuestra luna imposible y clandestina.

—Déjalo y vente conmigo —días atrás, después de casi un año de vernos la misma tarde de cada semana, me creí con todo el derecho de la galaxia para plantearse y también para ponerme hiperbólico sin ruborizarme—. El tiempo de lo que sucederá nos pertenece por completo.

Cuando le hablé acerca de este viaje ya era consciente de que la presencia de Sofía en mi vida tenía la fuerza del mar Caribe cuando golpea contra las rocas enormes del malecón donde se levanta la muralla de la Ciudad Antigua. En la Plaza de Santo Domingo atestada de gente en busca de un inédito interludio para deshacerse de su monotonía, esa intuición se convirtió en la certeza de la arena que aguarda el beso de espuma en el desvanecimiento de cada ola. Cuando mañana camine al borde de los secretos de la aurora, la plaza desolada tarareará, en las notas ebrias de los guitarreros insomnes, que Sofía sigue siendo la quemante plenitud del amor que iluso alguna vez a su lado creí que podía atrapar para mí solo y para siempre.

—Eres un fantasioso con el sentido del tiempo —Sofía dice las cosas más duras con suavidad y no concede ni un ápice cuando se trata de ahogar ilusiones—. Tú ya deberías saber que las promesas de amor carecen de sentido para mí. Después de tanto sufrirlo aprendí que todo lo que nos pasa pertenece desde el instante en que sucede a la nostalgia irremediable del tiempo perdido. Y la única forma de recuperarlo, me enseñó el señor Proust, es saboreando el recuerdo que habita en el fondo de una taza de té.

Al pretender que el amor dura toda la vida sólo caigo en el palabrerío de los que han comprobado que es imposible morir de amor. En cambio, lo que podría durar para siempre es mi mayor tortura: la permanencia del olor de su sexo en la punta de mis dedos. Entonces era martes y estábamos desnudos sobre las sábanas de azul intenso que conservaban la misma fragancia de sándalo fresco con la que acogían cada uno de nuestros encuentros semanales. Una hora antes, el dios de la guerra había animado nuestro combate placentero cubiertos por el discreto frío que envuelve las tardes de noviembre en Bogotá.

Hacia el final de esa dulce batalla de los cuerpos, Sofía había abierto sus piernas apuntándolas al techo de tal forma que percibía, en lo más profundo de su vagina, la cabeza anhelante de mi pene clavado en la humedad de su deseo. Yo sentía que sus piernas, de cuando en cuando, se doblaban sobre mis hombros como para tomar un breve descanso. Al mismo tiempo contemplaba cómo se hundía mi verga brillante en el túnel empapado que Sofía me ofrecía y escuchaba sus gemidos acelerados que me suplicaban que no detuviese el rítmico bombeo al que la tenía sometida. El anhelo de exclusiva posesión de ese instante por el resto de la vida es lo que nos pierde a los hombres. En vez de vivirlo en la totalidad de su sentido pasajero y aceptar que habremos de compartirlo con otros cuerpos que no conocemos, nos obstinamos en hacerlo nuestro y en que, contra su propia naturaleza, dure la vida entera. Sofía, con los muslos tocándole el pecho, me exigía fuerza y perseverancia. Fuerza para que la penetrara hasta que mi badajo se estrellase en el último rincón de su vientre y perseverancia para que la ola de placer sobre la que ella navegaba estallara segundos antes de que mi semen encontrara refugio en el fondo de su caverna. Un prelude de placentera muerte se anunciaba al llegar a ese momento en el que se confundían los gruñidos indescifrables de nuestras gargantas sincronizadas. Ese fallecimiento momentáneo es la prueba irrefutable de que existe una esfera de lo divino aguardando por cada uno de nosotros. Sus gritos roncros y sus piernas envueltas alrededor de mi cintura fueron el anuncio inefable de que ya podía entregarme a ese instante de la gloriosa nada.

—No quiero que me quieras para siempre porque, aunque nos duela admitirlo, todo futuro es una promesa que se marchitará igual que la más perfecta de las rosas —Sofía parecía asfixiarse cuando se trataba de comprometerse por más cercano que el compromiso fuera—. Escucha la voz de mi Kavafis y bebe un vino fuerte como sólo los audaces beben el placer.

—Los audaces son seres tristes porque despiertan solos después de ofrendar sus cuerpos.

—Eres la única persona a la que he confiado mi historia porque sé que tu alma de poeta te llevará a escribirla con la consigna de no identificarme ante la

gente que nos conoce. Quiero permanecer únicamente en la ficción de tus palabras. Por eso mismo deberías saber, mejor que cualquiera, que toda ofrenda existe únicamente como presente. Quiéreme ahora, en la eternidad única de este martes de noviembre, y ten presente el resto solo para cuando escribas.

A las diez y media de la mañana, cuando Mauricio irrumpió en el paraíso terrenal en que Sofía y yo habíamos convertido nuestra suite en el Capilla del Mar, yo estaba solo, terminando de prepararme un trago y con la puerta abierta. Ella había salido a caminar por la playa desde muy temprano y no regresaría hasta pasadas las doce. A Sofía le gustaba recoger piedrecillas de formas extrañas que pintaba de colores vivos para luego almacenarlas en botellones de vidrio. “Es una manera de capturar recuerdos marinos”. Pero, sobre todo, era su manera de estar sola. Un ligero resentimiento me había quedado por causa de sus ansias de soledad pues, en tanto yo no me cansaba de su presencia a mi lado, no podía concebir que ella le pusiera límite a mi compañía. Intentaba reconciliarme con la oquedad que la momentánea partida de Sofía había formado en el cuarto cuando me sorprendió la aparición de su marido. Mauricio parecía disfrazado con la blancura de su guayabera de lino y sudaba penosamente como todo andino en los puertos del Caribe.

—Soy el Centauro con ruedas del que ya le habrá hablado nuestra Sofía — tenía congelada una sonrisa rencorosa en el rostro y acentuó el posesivo *nuestra* tratando de herirme—. Usted debe ser Antonio, el amante de los martes que está usufructuando de los días que les pertenecen a los del resto de la semana —encendió un Piel Roja con la parsimonia que exhiben esos matones de las novelas de Chandler y el olor del tabaco negro se mezcló con el de su colonia de peluquería de viejos—. No tema. No he venido a matarlo como lo haría cualquier esposo ofendido. Si tuviera que hacerlo con cada amante de mi mujer yo sería el más peligroso asesino en serie del continente.

Todo lo que sucedía en ese instante era horriblemente cómico igual que si Godot hubiera aparecido en la playa de Bocagrande en esos pantalones de baño que parecen piyamas a rayas. Me invadió la desolación de mis manos que

no sabían qué hacer con el mojito recién preparado y el disco de Compay Segundo que en ese preciso momento acompañaba con su prodigiosa segunda a Hugo Garzón que cantaba *por ese cuerpo orlado de belleza, tus ojos soñadores y tu rostro angelical, por esa boca de concha nacarada...* y que tuve que quitar del equipo de sonido de inmediato impelido por una vergüenza extraña.

Estaban, además, las flores amarillas que en ese rato iluminaban con dolorosa ironía ese poco de felicidad que al final resultaba que le robábamos a un lisiado. Estaban, todavía retozando por el piso, las ropas que nos habíamos quitado la noche anterior y la foto que Sofía y yo nos tomamos besándonos junto a los cañones que defendieron a la ciudad contra el ataque de los piratas que siguieron el ejemplo de Sir Francis Drake y que, pegada en la parte superior del espejo de la entrada, en este momento lucía tan indiscreta como si fuera el único adorno de la salita de la suite. Y, claro, también estaban las duras palabras de ese espantajo de hombre que todavía conservaba, en el pelo ligeramente canoso, el rostro afeitado con esmero y en su renuencia imperturbable al tuteo, la presencia de alguien que alguna vez había sido bello y que aún mantenía el orgullo de aquella belleza.

—Después de usted sólo me queda por conocer al amante de los miércoles — el esposo de Sofía manejaba su silla de ruedas como si hubiera nacido fundido a ella y sin que lo hubiera invitado estuvo adentro de la suite inspeccionándolo todo con sus oscuros ojillos de animal receloso—. Espero que la rivalidad que obviamente existe entre ambos no le impida convidarme un refrescante mojito como el que se derrite en su mano. La verdad es que no soporto el impúdico calor de esta ciudad.

Mientras exprimía el limón, añadía la cucharada de azúcar y machucaba las hojas de hierbabuena para preparar el trago de mi inesperado huésped, escruté al paralítico con una mezcla de asco y de envidia. Ese hombre me era repulsivo tal vez porque tuve la impresión, al mirar su sonrisa de hiena congelada en el vacío, de que durante el tiempo que había pasado en esa silla de ruedas su espíritu se había deformado más que su cuerpo. Por cosas que

aquí y allá me había platicado Sofía, yo recordaba, al momento de añadir los cubos de hielo, la onza y media de ron blanco y el agua con gas hasta el tope del vaso largo, que Mauricio estaba casado cuando la conoció. Su mujer era una de esas muchachas educadas para asumir sin queja los días enmohecidos del matrimonio burgués, ese contrato solemne, amparado en el Código Civil, que se cumple mejor con la prudente contabilidad de los bienes compartidos que con el inestable revoltijo de la pasión. Completé el trago con cinco gotas de amargo de angostura, secreto que me reveló, en uno de mis viajes a La Habana, un barman de la Bodeguita del Medio exhausto por los pedidos de tantos turistas empeñados en imitar a Hemingway. Al terminar de prepararlo, yo estaba pensando, con los celos dibujados en mi ceño fruncido, que Sofía y él eran amantes por el solo llamado de sus cuerpos cuando sucedió el accidente que dejó paralítico y viudo a Mauricio.

A primera vista el accidente lo había convertido en el ser menos cercano a la espontánea sensualidad que Sofía ponía en cada objeto y en cada gesto que la acompañaban. Sin embargo, al contemplar la satisfacción retorcida de Mauricio luego de beber largamente el primer sorbo de su mojito, que en la carta de los bares de la Ciudad Antigua lo llaman *caribe*, recordé con estupor lo que me había contado Sofía. Fue un martes en que me atreví a decirle, movido por el encono que me causaba su renuencia a abandonar a su esposo, que era imposible que ella amara a ese lisiado repulsivo y que estaba con él únicamente por comodidad.

Sofía me miró largamente, como si yo fuera un niño incapaz de entender los asuntos de los mayores. *Mauricio me atrapa con la fuerza animal de sus brazos y me desgaja como si fuera una muñeca dócil entre sus manos rudas.* Ella me habló con la suave exaltación que provoca el ron dulce —un *Legendario* de siete años que había conseguido en Cuba para beberlo sólo con ella— para convencerme de que el sexo es una misteriosa liturgia a cuya celebración siempre concurren los espíritus de los cuerpos que antecedieron al cuerpo del rito presente.

—Usted no conoce a Sofía, pero sin que lo admita se encuentra hechizado por el resultado de esas lecturas ociosas que ella repite de memoria. *Yo conozco la tristeza distante de sus ojos negros que brillan como el pechiche en almíbar cuando contemplan mi muslo desnudo, apenas cubierto por mi falda breve. Si paso al lado de su silla de ruedas me agarra del brazo y me obliga a sentarme sobre sus piernas dándole la espalda. Es un tirón en el que se concentra la tácita autoridad que ejerce en mí.* Usted no sabe nada acerca de su capacidad de fabulación, para no decir que es una mitómana que carece de culpa, ni de la crueldad infantil que ejerce sobre quienes la aman, para no llamarla diosa coronada sin corazón porque no quiero parecer letrista de vallenatos. *Entonces sus manos se multiplican y yo siento que resbalan por mi vientre que se agita, por mis muslos que empiezan a abrirse, que retornan por mis flancos que se erizan, que estrujan mis tetas que se endurecen, que vuelven a bajar por mi torso que se enciende, que mientras bajan van desabotonando con pericia mi blusa que en unos instantes cae al suelo en señal de entrega.* Ella jamás le habrá contado a usted que Alberto, a quien llama su Betito, no es el hijo de ambos sino el hijo que mi exmujer esperaba. *Entonces levanta mi falda y sus dedos se pierden en el interior de mi gruta húmeda mientras se estrella contra mi espalda su jadeo caliente igual que un vientecillo que cosquillea mi piel.* Cuando sucedió el accidente mi mujer tenía ocho meses de embarazo y el niño nació luego de una cesárea de emergencia, pero ella no sobrevivió a los traumatismos del choque. *Sus dedos me penetran desvergonzadamente, me hurgan sin miramientos, me ensanchan con lascivia. Yo me levanto de mi trono y con pericia le quito la camisa para que mi espalda pueda luego restregarse contra su piel sudorosa y le bajo los pantalones para que emerja con libertad su miembro largo, grueso y erguido en el que me ensarto después de que, de hinojos, le rendí el homenaje de mis labios hinchados que lo engulleron con avidez.* No, usted tampoco sabe que Sofía busca llenar el vacío de su vientre yermo con la infructuosa semilla de sus amantes; que es un alma promiscua que se imagina enamorada de las personas con las que se mete en la cama; y que ahoga a sus amantes en la sabiduría del olvido. *Me siento de nuevo sobre las piernas muertas de Mauricio y cabalgo sin brida sobre mi Centauro poderoso; mis manos se aferran a los brazos de la silla de ruedas al tiempo que subo y bajo sobre ese émbolo nervudo y recio que se estrella una y otra vez contra el fondo de mi cueva empapada; mis nalgas chocan*

agitadamente contra una parte de sus piernas muertas y otra parte del vientre brotado de este animal que emite gemidos lúgubres y cuyo rostro se esconde detrás de mi espalda. Ella parece una adolescente caprichosa que requiere de un abuelo que la mime y la consienta, de un padre que la discipline y la castigue, de un preceptor que la eduque en el arte de ser una mujer. *En el vértice oculto de mis piernas abiertas únicamente existe su descomunal masculinidad de animal mitológico que me llena por completo y delante de mis ojos el tránsito agitado de decenas de cuerpos desnudos y sin rostro que acuden a dar testimonio de ese estremecimiento final que me arranca un llanto estridente y ronco que se prolonga hasta que me dejo caer como desmayada contra su pecho y somos una encantadora mezcla de sales exhaustas.* Y yo soy para ella esa santísima trinidad a la que adora.

Esta ciudad de mar y cuerpos dorados tiene un veneno de miel que mata nuestros escrúpulos. Al caminar por su playa de arena blanca y contemplar tanta desnudez expuesta a los lujuriosos rayos del sol he descubierto, inundado de luz, que la pobre piel que llevo con avaricia es un lunar de soledad diminuta sobre la carne viva del deseo. La cínica perorata del paralítico, que escuché al mismo tiempo que resonaba en mí la descarnada confesión de Sofía, destruyó la débil invención de amor en la que quería refugiarme contra toda la experiencia que Cartagena me enseñaba en el eterno retorno de cada ola.

Pero la ciudad ya había tomado posesión de mi espíritu. Sentí que toda mi fortaleza residía en la furia que me había invadido. A pesar del maquillaje corrido que contemplaba mentalmente en el rostro de Sofía, en ese momento calculé las ventajas que tendría al competir contra el lisiado por esa mujer y me creí capaz de derrotarlo. Mauricio, que parecía intuir la obsesión que había tomado cuerpo dentro de mí, no me concedió un instante de tregua. Sin darme tiempo para una respuesta que sólo hubiera sido una pirueta de humo en el aire, me dijo con esa voz taimada de los que aparentan debilidad y que sonaba, al mismo tiempo, como una especie de ruego y una amenaza hecha de palabras aviboradas:

—Disfrútela mientras ella se lo permita y resígnese a la felicidad pasajera de cada martes, pero ni se enamore ni intente quitármela.

—Tú sabes que soy un maldito lobo aullando a la luna y que me revuelco herido en mi guarida de solitario cuando ella no está.

—El sufrimiento irreparable que le provoque ese amor condenado al fracaso será culpa suya y cuando sólo encuentre consuelo en la barra de un bar de solitarios nocturnos será muy tarde para que se arrepienta.

—Ni siquiera me roza la amargura que escupes. Hablas así porque sabes que haré de todo para que ella se quede conmigo... hasta llevarte al acantilado y empujarte con silla y todo al mar.

—Le aconsejo que no se tome el trabajo de odiarme tanto. Ella tiene 32 años de vivir sin ataduras y yo 47 de vestir enmascarado de seriedad. Tenga en cuenta que hoy es miércoles, que ambos estamos aquí charlando como dos estúpidos civilizados para no caernos a garrotazos, que es lo que en verdad queríamos hacer, y que ni usted ni yo sabemos por dónde andará Sofía.

—En esta mañana ella está charlando con la memoria del mar —solté la frase con aparente convicción, aunque al mismo tiempo no podía disimular la duda que se revolvía en mi estómago y sólo me quedaba el vómito para liberarme de ella. El rostro del Centauro se iluminó con una sonrisa ladeada.

Ay, Sofía, si yo hubiera aprendido al instante la lección que intentaste enseñarme en cada uno de nuestros martes no estaría ahora sufriendo por la imposible destrucción de la distancia, en la que, por culpa de mis ganas de convertirte en mía, me quedé perdido. La irrupción como de relámpago del Centauro me hirió en el corazón de mi orgullo y de mi necesidad. Tú solías decir que el amor es una esencia que hierve de manera simultánea en todos los calderos que guardamos dentro de nosotros; una fragancia que perfuma los

espacios que conseguimos aislar de la aburrida contaminación de la vida de todos los días; y que la fidelidad era una imposición de los inquisidores que perseguían el vuelo infinito de los seres humanos.

—Nuestras almas tienen que comunicarse con ímpetu. Así se produce la intensidad que experimentamos en la entrega de los cuerpos. Por eso creo que la convivencia matrimonial de cada día sólo contribuye a la reproducción de la especie, pero seca la perlada humedad del pubis de Eros bañado de mar Caribe. Tú debes entender que yo puedo amar físicamente a varias personas al mismo tiempo porque tengo urgencia de sobrevivir. Pero debes creer también que, para mí, el sexo sin comunicación de las almas es una gimnasia del vacío.

En el caldero de tus lunes se cocía Ernesto, ese economista cincuentón con más de tres décadas de discusiones en el directorio de un banco para quien una amante era parte de la hoja de vida. Al comienzo, tú lo viste como el triunfador cuya mano todo lo domina. *Él adora mis nalgas con la plegaria primitiva de quien reza a la montaña que teme; yo me pongo en cuatro para complacer sus ansias de inclinarse ante ellas como si fuesen un altar dedicado al culto de la virtuosa lujuria. Las lame con lengüetazos lentos y prolongados; las recorre con sus labios ansiosos hasta que la piel se me va calentado y me humedezco y me abro y le ruego que me monte y se pierda dentro de mí como si fuera un preceptor incestuoso.* No te hacías problemas sabiendo que él te había convertido en una especie de protegida y que, de alguna manera, te utilizaba para llenar placenteramente el tiempo libre que le arrebatava a su despiadada carrera de triunfador. Ernesto parecía cansado de su poder. Mucho menos te importaba que él estuviera contigo porque creía que en el mundo de los negocios un ejecutivo de alto rango debe tener una amante presentable que no le ocasionara mayores complicaciones. En la desnudez otoñal que compartía contigo, tú descubrías la dulce fragilidad del guerrero dormido. *Cabálgame, dóname, disciplíneme. Haz de mí la yegua dócil que obedece a su amo. Empuja tu verga experta hasta que se estrelle enfurecida contra las paredes mojadas de mi cueva. Lléneme con tu semen que a tantas gargantas habrá complacido con su viscosidad ardiente. Revienta sobre el sudor de mis ancas exaltadas al tiempo que chillo porque ya no puedo contener el orgiástico*

mareo que me provoca la inmensidad del campo en el que me pierdo. Tú conocías con exactitud los límites emocionales de aquellos encuentros y sabías sacar provecho de quien se aprovechaba de ti. Empezaste a quererlo cuando te diste cuenta de cuánto lo odiaban aquellos zalameros que revoloteaban como aves de mal agüero a su alrededor. Decidiste que se adueñara de tu lunes cuando te contó que una noche, en medio de su diaria ebriedad, su mujer le había gritado: “En tanto yo tenga acceso a tu tarjeta de crédito tú puedes revolcarte con la zorra que te plazca.”

—No creo que Ernesto lo entienda del todo, pero necesito la paciencia paternal de su voz y de su abrazo —Sofía me lo contaba con el desamparo refulgente de su mirada—. Después de que nuestros cuerpos se revuelcan, como diría su mujer cuando el vodka le da ánimos para hablar, me resulta indispensable la sabia calidez de sus años.

Con Mafe, en cambio, se encontraba los jueves. Se descubrieron en el gimnasio una mañana saliendo de la ducha. Se vieron los cuerpos mojados y, sin proponérselo ninguna de las dos, sus ojos se posaron en la piel de la otra unos segundos más de lo que puede ser llamado una mirada casual. Entonces, enmudecidas, se tocaron por primera vez como si todas aquellas mañanas, al tiempo que intercambiaban sonrisas en medio de los extenuantes aeróbicos, hubieran estado aguardando la explosión del deseo escondido. *La suavidad de tu cuerpo delgado es una trampa en la que me dejo caer. Tus labios gruesos y abiertos son una tentación demasiado grande para que pueda subsistir cualquier escrúpulo. Nos besamos y tu lengua desenfrenada saborea mis labios y se mete en mi boca como una exploradora que lucha contra el tiempo para descubrir su tesoro. Es como si quisieras darme lo mejor de ti en la entrega de tus labios. La cópula de nuestras bocas abiertas y húmedas es el prelude del momento climático en que frotaremos, una contra otra, la pepa encendida del placer.* Mafe tiene la obsesión de representar a la Hija de Seis personajes en busca de autor, pues se estremece al mezclarse en los dramas vivos que la vida tiene y le ofrece. Está convencida de que tales dramas son más poderosos que las historias de amor sobre las que escriben los poetas. Prefiere la vida expuesta y consumirse en el dolor del personaje que debe

representar. *Mis manos se enredan en tu pelo de rebeldía vinotinto. Me gusta jugar con él como si chapoteara en la corriente que brota de un pequeño manantial. Y mientras me entretengo con tu cabello me pego a ti para sentir el beso apretado de nuestros pechos duros. Siento el contacto de tus pezones brotados como pepillas de chocolate que se hunden suavemente en mi carne. Me resbalo hasta ellos y los chupo y los muerdo con suavidad hasta que oigo unos gemidos que como un cántico escapan del fondo de ti.* Cuando empezaron sus encuentros con Sofía, Mafe ensayaba un monólogo en el que hacía de June, la mujer de Henry Miller. El vientre le palpitaba al imaginarse el encuentro entre June y Anaïs y le siguió palpitando cuando se topó con la libertad y el límite que el cuerpo de Sofía le impuso. Mafe, al igual que June, lo quiere todo con el egoísta desenfado de las jóvenes bellas y quería la esclavitud de Sofía y todo lo obtenía en el instante del encuentro. Pero Sofía, fiel a su consigna, no prolongaba la entrega más allá del volátil tiempo de sus jueves. *Continúo en el camino de piel que me conduce a tu húmedo secreto. Todo es delicado y sin apremio. Mis labios se quedan merodeando tu vientre plano que se agita con los besos que coloco alrededor de tu ombligo atravesado por un alfiler de plata en forma de cruz egipcia. Mis dedos separan con delicadeza los labios mojados de tu cueva secreta y contemplo agitada sus pliegues sonrosados. Es como mirarme a mí misma en el espejo de mano en el que tantas veces me he contemplado. En ese momento, el imán del deseo atrae mi lengua que se extravía dentro de ti y, después de lamerte perdida en el tiempo, escucho a lo lejos la explosión de tus gritos de muchacha acostumbrada al frenético recorrido de su propia mano.*

—La dulzura inexperta de Mafe y su ansiedad por poseerme hacen que su frustración ante aquello que no puede conseguir a veces sea mayor que la fiesta por lo logrado. La quiero porque, con sus 28 años encima, conserva una ingenuidad que no le permite ver todavía que sufriendo se aprende. Tú y yo, en cambio, ya sabemos que llevamos el rostro de aquello que nos duele.

Javier, en cambio, a pesar de sus 17, parece un adulto audaz y caprichoso. Tiene la resistencia y las ganas siempre encendidas de las que hacen gala los adolescentes. Lo quiere todo, a todo momento, aunque se tiene que resignar a

ser el postre de los viernes. Él es rápido y concentrado en su placer pero eso mismo es lo que cautiva a Sofía puesto que le permite sentirse una sacerdotisa entregada al servicio de un joven dios. *¡Cómo te he malcriado, muchacho fogoso e incansable! Te prendes a mis pechos como si ellos fueran tu alimento. Succionas fuerte, los engullas con desesperación, me causas daño pero no te fijas en lo que haces, endureces mis pezones hasta que me duelen y cuando escuchas mis gritos te aplicas más. Yo te siento un bebé grande y mío y te revuelvo tu pelo largo y hermoso como la delgadez de tu cuerpo.* Lo sedujo en el anónimo atractivo de una sala de cine. Ella estaba sola y él la contemplaba de cuando en cuando, con curiosidad, al comienzo, con apremio y desentendiéndose de la película después, con descaro y casi rogando una mirada de vuelta al final. Sofía apenas si lo vio cuando él se acercó y se sentó junto a ella. Ni siquiera se inmutó cuando se dio cuenta de que la atrevida mano de Javier husmeaba por su brazo para rozarla como si fuera un toque fortuito. Sólo cuando esa mano se atrevió a atrapar su mano fue que ella le susurró: “Si has llegado hasta aquí, espero que después sepas comportarte como un hombre.” Javier retiró su mano y la palidez de su rostro era un bombillo de luz blanca encendido en la oscuridad. *Has inyectado en mí el veneno de tu piel suave, de tu vientre plano y de tus músculos dibujados en brazos y piernas. Yo también te venero, mi chúcaro muchacho, y te domo con el paso de mi lengua sobre la fiesta de año nuevo que es tu desnudez a mi disposición. Me complazco en conseguir que revientes rápidamente con los movimientos enfebrecidos de mi pelvis cuando te tengo entrando y saliendo de mí y sudando a chorros. Juego contigo y con tu inexperiencia, me burlo de la falsedad con la que pretendes conocer más de lo que sabes y te convierto en mi juguete rabioso.* Se enoja porque no puede estar con ella más tardes a la semana. Se enoja porque Sofía le ha dicho que en el instante en que ella se entere de que él ha contado su relación a sus amigos el romance se acaba. Se enoja porque no conoce qué es lo que Sofía hace cuando no está con él. Se enoja porque tiene que esperar que ella lo llame. Se enoja porque no puede con su enojo. *Te permito una corta tregua y aprovecho tu adolescencia vigorosa para recuperar la altivez de tu joven masculinidad con el trabajo experto de mis labios ansiosos. Al comienzo es un pequeño apéndice que cuelga desganado de tu pubis y lo engullo hasta que desaparece dentro de mi boca, mas, enseguida, crece adentro y cuando lo suelto se iza nervudo y brillante.*

Entonces vuelvo a la carga y te cabalgo suavemente para sentir que me tocas a fondo; acelero mi galope y permito que tus labios atrapen y aflojen mis pezones endurecidos y que tus manos se llenen desesperadas con mis nalgas. Reboto aceleradamente sobre ti sin apiadarme de tus gritos y de tu cara que es una sola mueca que mezcla el éxtasis y la agobiante tortura a la que te someto luego de que ya te has vaciado dentro de mí. Al momento en que mis labios se humedecen con tus lágrimas me dejo ir y mi cuerpo envuelto en gemidos y en espasmos se aprieta contra tu cuerpo exhausto.

—Es el antípoda de mi Centauro y eso me bastaría para empeñarme en tenerlo conmigo. Pero Javier es también un chocolate relleno de brandy que no engorda y el mejor de los cosméticos que una mujer puede aplicarse en todo el cuerpo para rejuvenecer. Es más, ese niño perverso habita el lugar de los antípodas de todos mis hombres y eso es la gloria.

Me hizo daño recordar algunas de las historias de Sofía después de la aparición del Centauro. La violencia con la que los amantes de Sofía irrumpieron en mis pensamientos enturbió la presencia de su espíritu en mi cuerpo y me entristecí con la tristeza del amante desengañado que es el resultado de la propia fragilidad en la que vive haciendo equilibrios el amor. Por causa de los celos, la libertad que había recibido del mar se escapó de mí y tuve que observarla resignadamente desde el balcón de la suite que, súbitamente, se volvió una celda que aniquilaba todo deseo.

¡Y yo que me había creído un digno vecino de Cartagena de Indias y sus almas entregadas a la vitalidad de la piel! Fue como si de pronto se me hubiera revelado el horror no sólo de saberme pasajero en la vida de Sofía sino de constituir una parte completamente prescindible de la ciudad. Lo peor vino cuando quise diferenciarme del Centauro y de los otros y no pude. Yo también era un espíritu contrahecho y egoísta que en vano intentaba convertirse en el dueño de una mujer. Yo tampoco había comprendido la plenitud del cuerpo que realiza su deseo siendo dueño únicamente de sí mismo.

Con espanto y rencor identifiqué mecánicamente a Sofía con la libertina de unos poemas de Efraín Jara Idrovo: *Porque el desfile de hombres en tu vida es de espectros: anécdotas banales de una noche, semblantes fugitivos que tu fogosidad borró sin tregua... Arena y viento pueblan tu memoria: sin fin cambian las dunas y no cambian, mudan de sitio, y son la misma arena.* Me regodeaba en la palabra *libertina*; la pronunciaba como si estuviera rezando una letanía, *libertina*; y en ese agonizante murmullo mi rabia, *libertina*, crecía más que contra ella contra mí mismo por haberme extraviado en el laberinto sentimental de los amores felices, *libertina*.

—Así que el parálítico estuvo aquí, ¿no? —fue lo primero que Sofía dijo al mediodía cuando por fin apareció en el apartamento y depositó las extrañas piedrecillas que había recogido en el enorme frasco de vidrio—. Este cuarto hiede a tabaco negro y a la insoportable colonia de Mauricio y tú tienes una cara de derrota que sólo me la explico conociendo la lengua ponzoñosa del Centauro.

—¿A qué juegas Sofía? —intenté acorralarla con la dura franqueza tras la que se escondía mi desasosiego—. ¿Por qué ese misterio respecto del hijo del Centauro? ¿Por qué no me contaste que eres estéril? —Ella no pareció sorprenderse de mi andanada, así que mirándola fijamente y con la voz algo descompuesta añadí—: ¿Es este viaje la antesala de tu olvido?

—No te confundas Antonio —Sofía acariciaba mi pelo con dulzura y me abrazó pasando por alto el tono casi ofensivo de mis palabras—. Mauricio vive atormentado por la culpa y por los celos. Hubo muchas cosas juntas al momento del accidente: él y yo éramos amantes y nos veíamos cada miércoles y su mujer, que estaba embarazada, perdió al bebé. Además, Mauricio y yo habíamos estado hablando de mudarnos juntos. Yo había deseado con tanta fuerza que esto último sucediera que cuando Mauricio quedó viudo y parálítico sentí que el destino me obligaba a casarme con él.

—¿Te casaste por piedad?

—Me casé por amor. Yo amo a Mauricio y no lo abandonaría nunca ni por sus piernas muertas ni por su alma enferma. Y Betito es hijo de los dos, pero Mauricio busca desesperadamente la manera de castigarme porque conoce mi liberalidad desde que éramos amantes. Cuando quiere que yo sufra él duda de su paternidad o se inventa el cuento macabro de que el hijo es de su mujer. Pero mi amor me impide engañarlo y él conoce muy bien lo que soy y lo que hago. Soy un monstruo, pero soy un monstruo leal. —Sofía me besaba el rostro y cuando llegó a mi boca su lengua comenzó a lamer con suavidad y delectación mis labios entreabiertos; de pronto se detuvo y me quedó viendo como si me desconociera—: Es curioso, Antonio, los hombres a veces aceptan que una amante sea dueña de su cuerpo, pero siempre quieren que el cuerpo de la esposa sea propiedad exclusiva de ustedes.

—No seas cruel, Sofía, no te deleites en la dureza de tus palabras —yo intentaba a toda costa llevarla al filo de un acantilado para que saltara a mis brazos o al precipicio, mas, sin darme cuenta, era yo mismo el que me exponía al vértigo insostenible del vacío—. Tú sabes bien que para mí eres la Mujer, esa que uno busca durante toda su vida y que, al encontrarla, quiere conservar para el resto de la existencia.

—Antonio, por favor, no caigas en la palabrería de los hombres vulgares porque no lo eres —Sofía se apretó a mi cuerpo y sentí que comenzaba a abrirse para mí cuando, empujándose, se acercó a mi oreja y susurró—: Sólo soy una mujer que se entrega toda cuando está contigo.

Se resbaló abrazada a mi cuerpo hasta quedar en cuclillas frente a mi pubis y con sus manos agarradas a mi cadera. Sin darme oportunidad a decir nada Sofía bajó el cierre de mi pantalón, bajó mi pantalón e inmediatamente bajó la última prenda que cubría mi palpitante ansia de poseerla. En ese momento ella se convirtió en una sacerdotisa que rendía culto a Príapo insolente. Sus labios chupaban mi masculinidad enhiesta con suave y húmeda delectación. Yo navegaba con los párpados cerrados en la ola de la aplicada succión de su boca y al mismo tiempo que ella se entregaba a la satisfacción de mi deseo yo era el esclavo que le pertenecía en la imposibilidad de detener el agigantado ritmo

que ella imprimía a su placentera labor. La lengua de Sofía recorría con morosidad el erguido báculo que se dejaba adorar como si en esa adoración pudiese ejercer algún tipo de poder sobre la mujer que la oficiaba. El tal pretendido poder es el consuelo del macho que no se da cuenta, en realidad, de cuan sometido se encuentra a la hembra que lo conduce por el camino que ella decide al andar. Y ese camino puede ser la explosión de las ganas del hombre en la boca de la amante o la ciega penetración del miembro trabajado hasta el sometimiento en el cuerpo presto a recibirlo y a exprimirlo. Yo suelo extraviarme en un excitante laberinto de espejos en el que contemplo la escena multiplicada al infinito cuando ella me somete a esta caricia de sus labios que van hinchándose como si reprodujeran la otra humedad y la otra hinchazón de sus otros labios, esos que esperan por la irrupción de mi anhelo en la placentera cueva de su deseo.

Ella me arrastró al cuarto y me tumbó en la cama y se subió la diminuta falda con la que había ido a pasear por la playa. Se deshizo con impaciencia de su calzón y gimio al tiempo que conducía mi miembro a la entrada de su grieta palpitante y mojada, “préñame, amor mío, permanece en mí cuando ya no estés en mí”, y yo, que apenas alcancé a ver por última vez las flores amarillas que nos acompañaron durante estos días, enloquecí y comencé a bombardearla como un desesperado náufrago de sus entrañas, entrando y saliendo de su sexo con estúpida rapidez. Sofía me detuvo y, en medio de la agitación de nuestros cuerpos sudados, me pidió que parara, que sintiera el movimiento de las paredes de su gruta allí abajo, que me dejara llevar suavemente por la succión a la que me estaba sometiendo cuando ella apretaba y aflojaba mi pene que ya no me pertenecía. Me quedé quieto y me sometí a ese movimiento incesante que ahí abajo me succionaba y me conducía hacia el final anhelado. Sofía continuaba exprimiéndome; susurraba con la voz enronquecida por el deseo, “quiero llevarme tu semilla en el fondo secreto de mi vientre”, y ya no pude más y embravecidas olas de gozo me revolcaron al tiempo que esparcía mi sustancia de vida en el fondo anhelante de su vientre bendito.

—No es posible que me alimente de tu alma... —me confesó cuando todavía mi pene satisfecho latía dentro de su acogedora intimidad—; en ese momento

empezarás a desaparecer para mis ojos puesto que te desvanecerías dentro de mí.

Desperté sobresaltado pasada la media tarde y Sofía ya no estaba conmigo. Me vestí sin bañarme porque quería mantener la presencia de sus sudores tal vez como el último homenaje a su cuerpo. Aunque todavía no regresaba a la ciudad andina en la que vivo, sentí que Cartagena de Indias ya me había abandonado como a un frágil bote que luego de flotar un tiempo a la deriva, finalmente, encalla en una playa desierta y se pudre. Bajé corriendo de la suite y me subí en una chiva tempranera llena de turistas encantados con el paseo que me animaron a viajar con ellos. Llegué a la Ciudad Antigua con la esperanza de encontrarla sentada en algún lugar de la plaza y con la pobre ilusión de que me estuviese esperando.

Llegué a la plaza en la que había celebrado de manera irreflexiva la felicidad que ahora era un recuerdo que me ardía en el estómago, y no la hallé. A esa hora las mesas de los bares y restaurantes todavía estaban desperezándose de la siesta luego del almuerzo. Junto a una de ellas estaba el paralítico, solo frente a una copa vacía, vistiendo una nueva y fragante guayabera y a punto de irse. Yo me acerqué con la pueril esperanza de que me dijese dónde podía encontrar a Sofía en ese momento, pero la dureza de sus ojos turbios me dejó mudo y sólo atiné a escuchar las palabras cargadas de rencorosa compasión con las que me sentenciaba al olvido.

—Es muy probable que Sofía haya contradicho todo aquello que yo le conté. Estoy convencido de que le dijo que ansiaba tener un hijo suyo y, seguramente, le creyó... ¡Usted, señor, no conoce a la verdadera Sofía!

Me alejé de la mesa de Mauricio con la intención de no buscar más a Sofía, de no enterarme de ningún detalle adicional acerca del corazón bizarro con el que ama a su marido.

Aunque me haya quedado sembrado en Sofía o todo hubiese sido un engaño piadoso para aplacar el sufrimiento que provocan los adioses, me doy cuenta de que debo aceptar con júbilo el pequeño martes que ella me procura u olvidarla. Mas cualquier elección en materia de amores significa la muerte de una parte de nosotros. Quizá ella se fue porque obvié su enseñanza de vivir el jolgorio del deseo en el instante de cuerpo que me correspondía. Tal vez ya sea demasiado tarde para elegir; a lo mejor mis actos eligieron por mí y yo todavía no me doy cuenta de lo que me aguarda. Solo la escritura de esta historia habrá de salvarme.

Más de una hora después del último encuentro con el paralítico, luego de deambular por las apasionadas callejas de piedra de la Ciudad Antigua, regresé en taxi a la playa de Bocagrande y me detuve a considerable distancia detrás de Sofía y Mauricio, que habían llegado primero que yo para contemplar el crepúsculo de este miércoles de descubrimientos. Ambos, de cara al viento, observan desde la vereda junto a la playa la caída de un sol de sangre, enormemente encendido: él, sentado en su silla de ruedas, agresivo como un hermoso Centauro, y ella, con su pelo que alguna vez acaricié y que ya ondea libre de mí, convertida en una diosa que lo ama en el envidiable tiempo de lo eterno.